

EN la contratapa de este libro signado por la excelencia (*) se puntualiza que el Centro Internacional de Salto fue inaugurado en 1992 al celebrar el cincuentenario de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" que, según consigna Borges al final del cuento, fue escrito en Salto Oriental, 1940.

Con tal motivo se organizó una reunión a la que asistió, "como saliendo del cuento", Adolfo Bioy Casares. Una de las consecuencias de este acontecimiento fue la propuesta de la Academia Nacional de Letras del Uruguay para que se le otorgara el Premio Miguel de Cervantes Saavedra, lo que ocurrió en Madrid en 1991.

Para celebrarlo, el Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Academia Nacional de Letras y el Centro de Salto convocaron en Montevideo a un calificado grupo de conocedores de la obra de Bioy. El libro que nos ocupa dedica sus 228 páginas a publicar las comunicaciones presentadas en ambos encuentros.

Isidra Solari de Muró inicia el volumen con un ensayo titulado "Adolfo Bioy Casares en Salto, presencia-ausencia e invención". No sabemos, dice, si cuando Borges escribió "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" lo hizo en "Las Nubes" -la residencia de Amorim- o en Buenos Aires. No había otra posibilidad "que empezar por el principio e ir a los hechos esenciales, irrepetibles e insoslayables; era empezar por una amistad que se hilaba entre Salto y Buenos Aires: Amorim, Borges y Bioy Casares, que como buen principio, coincidía con el del abecedario".

Carlos Pellegrino, en su aporte, recuerda una reflexión de Borges según la cual cuando perdemos los nombres perdemos las cosas nombradas. Lo que no es más que revertir los primeros versículos del Génesis que afirman: Adonai nombró las cosas para que pudieran existir. La Escritura enseña, en consecuencia, que el nombre precede al ser.

Jacques Lacan, por su parte, afirma en su Seminario de la Angustia que si existe el encuadre el espacio es real. La física ya había descubierto que sin los objetos la existencia de un *entre* -es decir, del espacio- resulta inimaginable. Asimismo, la naturaleza del tiempo depende del movimiento de los cuerpos. Ya la mecánica clásica explica que un reloj sólo cuenta la repetición de fenómenos mecánicos.

Las reflexiones de los filósofos y físicos contemporáneos sobre el espacio y el tiempo se encuentran embrionariamente expuestas en muchas páginas de Borges y de Bioy.

En un trabajo cuya originalidad corresponde destacar, Carlos Luppi recuerda una sentencia de Borges: "Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden -el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo- para embelesar a los hombres". Luppi reacciona contra las *patéticas simetrías que la humanidad se fue dando para interpretar o modificar el mundo*, lo que no puede aceptarse alegremente como el elogio de asimetrías que pueden ser el resultado de sistemas de ideas tan congeladas como las que engendran, más que patéticas, hipotéticas simetrías.

Todos somos parte de una misma penuria, nos enseña el maestro de "El Aleph". Por su parte, Noemí Ulla en "Bioy Casares en el juego de Tlön" nos dice: "Siempre temeroso de los espejos, y al mismo tiempo atraído por ellos, Borges no puede impedir el grato estremecimiento de jugar con la imagen de Bioy, amigo real, al presentarlo como a través de un espejo, en una

especie de quiasmo donde un espejo, precisamente, prepara la escena inicial del descubrimiento de Uqbar, y donde Bioy real y Bioy de la ficción parecen condensarse y duplicarse al mismo tiempo".

En la ficción de Borges el personaje Bioy se refiere al carácter abominable de los espejos y de la cópula por ser multiplicadores del número de los hombres. Bioy es transformado en Tlön por una humorada de Borges en su antítesis. Pues como el mismo Bioy declara siempre ha pensado en los espejos de un modo totalmente distinto del de Borges. Ni qué decir, de la cópula. Aunque diferente en su signo, la presencia del espejo acompaña a ambos escritores, quienes en la "Antología Poética Argentina", en cuya autoría participó Silvina Ocampo, incluyen un soneto de Banchs en el que leemos: "Hospitalario y fiel en su reflejo/donde a ser apariencia se acostumbra/el material vivir, está el espejo/como un claro de luna en la penumbra".

Según Noemí Ulla, "los espejos componen el imaginario del artista en un tiempo que les es común. Especialmente conmovidos por la realidad y sus reflejos, la realidad y su apariencia, la figura y su doble, los escritores reflejan esa presencia".

En un ensayo crítico del cual es justo mencionar su perspicua agudeza, Lisa Block de Behar desarrolla un texto rico en vertientes. Refiriéndose a *La invención de Morel* señala que el ingenio diseñado por Bioy "produce formas mecánicas de inmortalidad... El narrador describe un proyecto que, según explica el propio Morel, trataría de «dar perpetua realidad a (su) fantasía sentimental», registrando todos los objetos, personas y acciones por medio de imágenes tan reales que coinciden hasta confundirse con lo que representan". Subraya que la coincidencia llega al punto de inducir a pensar en una invención que, más que inventar, conserva. Esta conservación

aspira a la permanencia y fundamenta una *estética de la desaparición*.

En los mismos años -reflexiona- "la eficacia de los medios de comunicación y los asedios totalitarios estrechan fila propiciando una destrucción común. La misma que condujo a "la catástrofe que pretendió ser «La solución final» precipitó el fin de soluciones y esperanzas".

La académica uruguaya observa el tema de la *duplicación* en Borges y en Bioy y consume un verdadero acierto crítico al escribir: "Por caminos distintos, tanto Walter Benjamin, como Borges, como Bioy, especulan desde puntos distantes, sobre originales y copias... La *nouvelle* de Bioy y el cuento de Borges se publicaron en 1940; en 1940, W. Benjamin, amenazado por la Gestapo, por la policía francesa o por la policía española, se suicida. El nazismo que avanza en los mismos años, aparece tramado en sus escritos, el tema de la

reproducción técnica, de la reproducción perfecta, también".

En un diálogo con un grupo de críticos, Bioy se refiere al tema de la originalidad y sostiene que "el modo más seguro de no encontrarla es buscarla. Creo que casi toda la literatura de vanguardia ha puesto a toda la gente en busca de la originalidad y es una búsqueda fracasada como lo atestiguan tantos textos que son encantadores cuando los comentan los críticos y los biógrafos y, sin embargo, cuando uno los lee tiene que hacer un esfuerzo para llegar al final".

En lo transcripto y en otras zonas del volumen, resulta importante comprobar cómo el narrador Bioy no subestima el metalenguaje de la crítica, según simulan hacerlo algunos autores más atentos a la presunta verticalidad de sus escritos que a la intensidad expresiva de su discurso.

Alfredo Grieco y Bavio señala en su contribución que Bioy encuentra en Johnson el orden racional que extraña en el presente: "A Johnson vuelvo siempre con agrado... me parece estimulante por su inteligencia, lúcida y sensata".

En una época tan caótica como la presente, la exaltación del racionalismo no deja de ser una de las virtudes más significativas del autor de *El lado de la sombra*.

En su original trabajo, Daniel Martino saca a luz la única colaboración literaria entre Bioy y Carlos Mastronardi. La misma se concretó en un cuento policial escrito en Mar del Plata en 1942 y firmado con el seudónimo de C. Irgen Lynch.

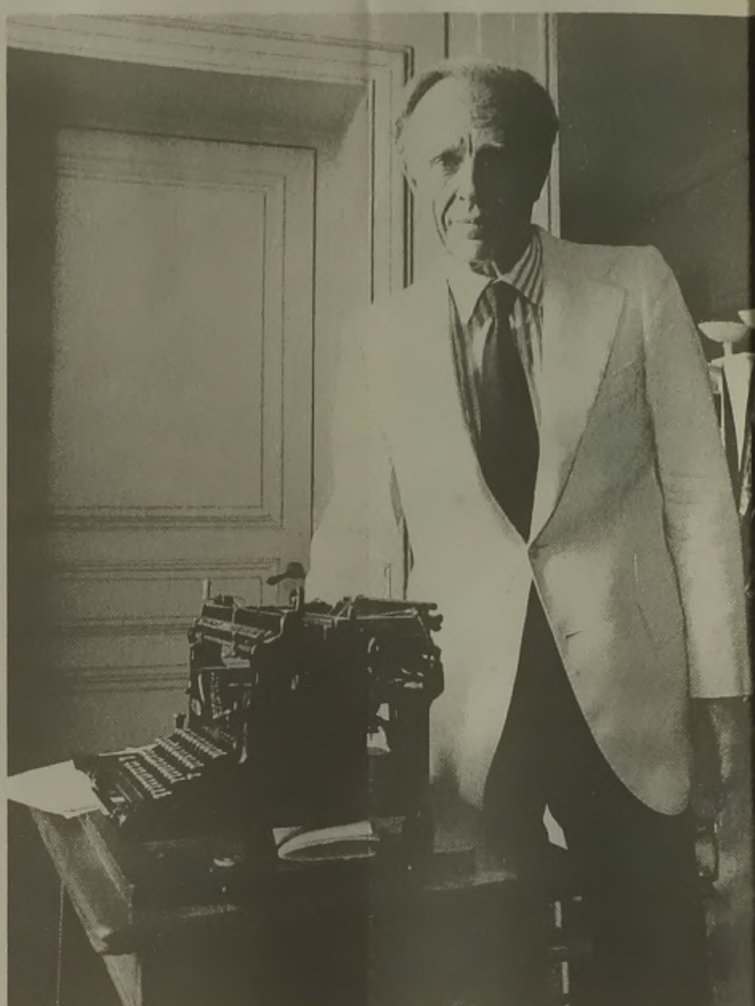
Conocedora sistemática de la obra de Bioy, Beatriz Curia entrega un exhaustivo análisis de sus narraciones: "El conjunto de los cuentos de Adolfo Bioy Casares -alrededor de un centenar en el casi medio siglo que va desde *La trama celeste* hasta *Una muñeca rusa*- se revela como un macrotexto de singular coherencia, cuyas líneas fundamentales arraigan en la visión del mundo del autor y en la concepción del cuento que de ella surge".

La autora puntualiza que dos son sus rasgos distintivos: la presencia definida de un argumento y un tono de oralidad. En cuanto al estilo, señala que está signado por la transparencia y la economía expresiva y define su carácter con las propias palabras del autor del *Diccionario del argentino exquisito*: "Mi escepticismo viene de la convicción de que la vida es muy corta para que uno madure". De ahí su permanente *nostalgia de absoluto*, y porque ama la realidad muestra lo que en ella existe de imperfecto.

Cerremos la nota recordando que al iniciarse la reunión de Montevideo, Arturo Sergio Visca, presidente de la Academia Nacional de Letras, entre otras significativas consideraciones manifestó: "La Academia Nacional de Letras no sólo denota su afecto por el autor de *La invención de Morel* y confiere perdurabilidad a su presencia en el Uruguay, sino que, y muy especialmente, expresa su convicción de que él es un grande y eminente representante de esa extensa e intensa literatura escrita en hispanoamericano y que configura una sola y unitaria literatura, situada más allá de todas las fronteras regionales".

(*) "Adolfo Bioy Casares en Uruguay. De la amistad y otras coincidencias", coordinado por Lisa Block de Behar e Isidra Solari de Muró, editado por el Centro Cultural Internacional de Salto.

(c) LA NACION



Bioy Casares

Literatura y metalenguaje

Por José Isaacson

Para LA NACION - Buenos Aires, 1994

Un volumen editado por el Centro Cultural Internacional de Salto (Uruguay) recoge aspectos de la obra de Adolfo Bioy Casares en relación con el país vecino